

La salida de los otros

RONALD HERNÁNDEZ CAMPOS

*El resto, latas vacías de una cerveza
que despreciaron por tibia*
(Luis Chaves)

Muchas personas, los otros, han dejado de encajar en mi vida, en mi San José «*de latas vacías*», por las razones que sea, pensaba Roy, al intentar leer un papel viejo, bastante desgastado, que aún sobrevivía en la fachada del Edificio La Libertad, mientras esperaba uno de los rápidos de 'Heredia por Tibás'. Después de la media noche, los sábados, salen de ahí.

Un viernes, sin la razón necesaria, Greivin Jiménez lo invitó a salir. Se vieron, ya se habían visto en otra ocasión, también sin las razones necesarias; ya se habían dado algunos de los besillos reglamentarios en El 13 y solo faltaba coronar, o al menos eso había asumido Roy, desde luego. Polos iguales se repelen porque a uno simplemente no le da la gana ponerle las tapas al otro, es simple, se le ocurrió, ya después.

En la entrada del agonizante Paseo de los Estudiantes (ahora "barrio chino") había campo para ambos. Se encontraron, se abrazaron, fueron al bar donde había ocurrido el acto protocolario: pelado; jalaron y en una

panadería estaba el padre de uno de ellos, a quien Greivin decidió que ambos lo ignoraran.

Los pedos mentales del dueño del padre afloraron en una conversación posterior en bus rumbo a una gran disco en busca del ambiente que les faltaba a los dos, o al menos a Greivin Jiménez, quien iba vestido para la ocasión; no así Roy y solo lo notó al esperar el bus. «*San José no fue... una constelación administrativa... que de noche disimula subdesarrollo*»... no se leía bien.

Greivin Jiménez trabajaba en un banco de esta «*constelación administrativa*». Roy era o trataba de ser uno menos del montaje josefino, solo que con cierta falta de imaginación. Greivin le habló sobre los temas más importantes para él y su complejo de Edipo sin respuesta freudiana que se ha negado a buscar: «yo no siento absolutamente nada por ese señor», decía refiriéndose al papá.

Entraron a la que ahora es la «gran disco» de San Pedro, o al menos así se anuncian. Había ese viernes 'Black Party': códigos sin importancia como los otros; algunos, por no decir que nadie, de negro. Roy pensó en retomar el curso del primer encuentro. «Vos y yo no somos compatibles» fue la respuesta de quien pagara las entradas, «vamos a

ver qué pasa, qué me sale hoy», dijo con un entusiasmo que llenó de asco a Roy; tenía dos opciones: jalar o... en verdad no quiso pensar la segunda opción.

Roy no estuvo seguro de cuántos vodkas necesitó Greivin para darse cuenta de que no le iba a salir ni Dios, por las razones que fuera; hasta que fue el mismo Grei quien se dio por vencido (borracho) y dijo que ya debían irse. Horario ceniciento, por aquello.

A pesar de que pudo irse al primer desprecio, Roy no lo hizo porque es de mala educación desperdiciar una barra libre y más si es una de agua y jugos.

Se despidieron en las inmediaciones de la Caja. Nunca más se volverían a ver, estaba claro. Luego se lo confirmarían el uno al otro a su modo.

En la espera del bus para la casa, Roy dio un último vistazo a la fachada del edificio frente al banco donde breteaba su actual decepción con apellido de óptica y luego al papel moribundo... *«la bombilla insuficiente... el sentimiento que, devaluado, llamamos afecto»*... Era cierto: la noche, San José, Greivin Jiménez, fue de los otros y él se quedó solo para verlo en primera fila.

El regreso de McArthur

RONALD HERNÁNDEZ CAMPOS

McArthur volvió de entre los muertos con menos adornos; con unos tonos metálicos nuevos y uno de sus miembros habituales (Pablo), pero sin Paul. La música de McArthur sigue siendo la misma... «mae, Pablo, ponete Pink, 'Creep', o algo de The Cranberries...»: la instrucción sigue siendo la misma, al igual que los baños, o al menos el de maes; los maes, por otra parte, no sé si seremos los mismos.

Un compa mío, H, su chico y el doble de su chico concurren ese día: McArthur regresó de su entierro prematuro (cortesía de la municipalidad

de Chepe), con Pablo, pero sin Paul. Paul era playo, negro, gordillo, marital status desconocido, y que además tenía sus santos y vírgenes tras la barra, con sus veladoras y cucarachas; Pablo era un dj riquísimo (que me daba cigarros cuando podía fumar), medio rockero, con una güila y una cría. Cuando entré a McArthur, era distinto de lo que esperaba, ¿o era mejor?

H me contaba del parecido sin parentesco de su chico con otro (un gordito) que estaba dos asientos más a la derecha; yo recordaba al ahora gordito de cuando McArthur no se había muerto y tenía a Paul; el chico de H no

conoce a su doble: viéndolos bien son dos fotografías traspuestas, solo que una se veía como 'mal revelada': el chico de H es diez años mayor, con una carrera y algo más que cerveza en la cabeza; el gordito doble del chico de mi compa en otro tiempo fue un pegue, nada más, como lo fue McArthur antes de morir y resucitar en junio.

H juntó a ambos maes: achinados, bocas finas, mismo corte, misma forma de la cabeza, uno con más panza, el otro más tostado. Ambos rieron y ahí se perdió la magia. El doble se perdió de la nada como había perdido la sonrisa: ya no tenía un par de dientes. Era un producto de la imaginación de todos

que alguna vez fue un pegue y ahora es un gordillo, tatuado y sin el cabro que lo hizo así (porque los maes se pueden hacer y deshacer a nuestro antojo). No intentó existir más como el otro ni como él mismo. Se fue como la idea.

H y su chico permanecían. Tres «ginger-ales» frente a mí discordaban un poco en la barra, con Pablo burlándose y sin Paul; comprendí que estamos más viejos y hechos mierda, que el gordillo-doble alguna vez había tenido una identidad apetecible y que, a pesar de que McArthur resucitó sin tantos adornos, el chinchorro sigue siendo el mismo...

